

**G.K. CHESTERTON**

# **LA AMENAZA DE LOS PELUQUEROS**

**ARTÍCULOS  
1909**



La amenaza de los peluqueros

Sociedad

*Serie editorial a cargo de  
Pablo Gutiérrez Carreras  
y María Isabel Abradelo de Usera*



G. K. Chesterton

# La amenaza de los peluqueros

Artículos 1909

*Edición, traducción e introducción de  
Pablo Gutiérrez Carreras y  
María Isabel Abradelo de Usera*



© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

© De la edición, traducción e introducción: Pablo Gutiérrez Carreras y  
María Isabel Abradelo de Usera

La traducción de la obra procede de la recopilación de *G. K. Chesterton: Collected Works*,  
vol. XXVII, Ignatius Press, 1990. Se han conservado las notas a pie de página de dicha  
edición, a las que se han añadido las de los traductores.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distri-  
bución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización  
de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede  
ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).  
El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los  
citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 96

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 97884-1339-092-5

Depósito Legal: M-130-2022

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Introducción .....	7
Artículos (1909).....	11
Índice de nombres .....	229
Índice temático .....	235



## INTRODUCCIÓN

En septiembre de 1909, Mohandas K. Gandhi (antes de recibir la consideración de *Mahatma*) se hallaba en Londres, en una misión en representación de sus compatriotas que vivían en Suráfrica. Cada vez más desengañado de las posibilidades de obtener justicia en la condición legal y en el trato del pueblo indio en Suráfrica, se topó con un curioso artículo publicado el día 18 de ese mes. El periódico, el *Illustrated London News*, el autor, G.K. Chesterton. El curioso artículo atacaba al nacionalismo indio, por ser poco nacionalista y por apenas ser indio. La sorprendente acusación caló en Gandhi que, por otra parte, ya había encontrado su camino de oposición a la dominación británica. Más que una declaración política, en esa página lo que se contenía era prácticamente la impugnación de un modo de pensar, el desenmascaramiento de un pensamiento no auténtico, una imitación, una moda. Gandhi tradujo este artículo al gujaratí, la lengua del estado indio de Gujarat, y lo envió al periódico que él mismo había fundado, *The Indian Opinion*, y fue una de las influencias de su libro *Hind Swaraj* o *Indian Home Rule*.

Es difícil calibrar la influencia que tuvieron en su día los artículos de Chesterton. Pero está claro que aún hoy son enormemente fructíferos. Su mirada a la realidad era la de una persona enormemente atenta, aunque los que le recuerdan por la famosa Fleet Street, la calle de los periodistas, o le recuerdan en el

jardín de su casa, hablan de él como de alguien continuamente abstraído. Su mirada atenta era a la vez una mirada vigilante, presta a poner en duda las incoherencias y las modas, las cosas pasajeras que se alzaban a los tronos de la hegemonía cultural del momento. Por eso, su actitud sirve más que nunca para hoy; bombardeados de noticias y de miles de impactos diarios de imágenes, la lectura de Chesterton es para nosotros un recordatorio a permanecer vigilantes si queremos conservar la capacidad de pensar, y queremos evitar ser sujetos pasivos de lo políticamente correcto, un modo de pensar que se impone abrumadoramente e impide el ejercicio del propio pensamiento. Algo parecido nos relata el bueno de Gilbert en su artículo *Censurando periódicos*: para encontrar la opinión propia del inglés común de su época (o del español medio de hoy) hay que escarbar muchos estratos y capas de concepciones que ha recibido de modo acrítico y cree que son suyas, hasta que se le hace ver que no es así. Nos hemos convertido, o al menos eso parece, en espectadores o agentes pasivos, y hemos dejado que se nos moldee «culturalmente». Hasta el propio presidente del gobierno español, en el mes de octubre de 2021, anunció una medida que consiste en dar 400 euros a los jóvenes para «el consumo de cualquier actividad artística o estética». Por lo que se ve, podemos consumir una cocaola o una obra de teatro de Lope de Vega, a esto hemos llegado. Proponemos, ante este panorama, «consumir» varias dosis de antídoto contra este letargo, antídoto que bien puede consistir en una excelente serie de estos artículos que nos enseñan a pensar: bien ciñendo el lenguaje a lo que este designa (*La verdad en los periódicos, Sentimentalistas y periodistas tontos*), bien utilizando los métodos argumentales adecuados (*Una defensa de las repúblicas de América del Sur, Shakespeare y el enigma Bacon, Una calumnia por alusiones...*), o bien sospechando de las filosofías que niegan la posibilidad del conocimiento (*Ideas modernas sobre el matrimonio, Escepticismo sobre la tradición...*). Sea antídoto contra el veneno o bebida energética que nos mantiene despiertos, el presente volumen no tiene desperdicio.

Este volumen que hoy nos ocupa es el cuarto de la serie consagrada a la publicación de la colección completa de los artículos que G.K.C. escribió para el semanario *Illustrated London News*, tras *El fin de una época* (artículos de 1905-1906), *Vegetarianos, imperialistas y otras plagas* (artículos de 1907), *La prensa se equivoca y otras obviedades* (artículos de 1908). Seguimos encontrando que tiene sentido esta publicación completa, puesto que la temática abordada en los artículos es abundantísima, saltando de unos temas a otros, como puede verse en los índices onomásticos y analíticos que publicamos al final de cada volumen. La indicación que el semanario le marcó a Chesterton de no hablar ni de religión ni de política (tarea imposible como él mismo reconoció) ha permitido que los nombres propios sean anecdóticos. Los principios de su pensamiento afloran con facilidad a la superficie y su modo de expresarlos siempre fue poético, imaginativo y un tanto rebuscado. Si bien Chesterton puede ayudarnos a pensar, algo tendremos que poner de nuestra parte.



## ARTÍCULOS (1909)



2 de enero, 1909

*Dickens, socialista*

Siento el impulso de escribir algo en algún sitio sobre un libro que acabo de leer. Un libro que me ha conmovido por su inteligencia, su extravagancia, su gran sinceridad y sus enormes errores. Se llama *Charles Dickens: el apóstol de las personas* y está escrito por el Sr. Edwin Pugh. Me gusta el Sr. Edwin Pugh por esta razón, que mientras él y yo no estamos de acuerdo en veinte cosas, cuando estamos de acuerdo, estamos solos en nuestro acuerdo. Nadie más, hasta donde yo sé, está de acuerdo con nosotros. Cuando el Sr. Pugh se equivoca (igual que cuando dice que Napoleón era el jefe de una oligarquía), se equivoca con otros miles de personas. Pero cuando tiene razón, tiene razón exactamente donde casi nadie más la tiene; como cuando sugiere que «todas las burlas de Carlyle sobre ‘el tan incorruptible como azul es el mar’ son burlas bastante torpes», lo cual no altera el hecho de que Robespierre era en realidad un hombre verdaderamente honrado. Carlyle podría decir de Robespierre que era tan incorruptible como azul es el mar. Él podría, con igual verdad, haber dicho de cualquier primer ministro inglés medio «que era tan incorruptible como la rosa es rosa». Pero en ambos casos, nos está permitido pensar que el carácter moral es bastante más importante que la complexión del rostro. Pero, quizá, usted piense que estos extractos tienen cierta irrelevancia. Quizá usted piense que el problema de si Napoleón era oligárquico o el problema de si Robespierre era azul no tienen mucho que ver con el tema de Charles Dickens. Ahí es donde usted comete un error.

El Sr. Pugh comienza su relato de Dickens con cierta declaración preliminar sobre Robespierre, Napoleón y la historia revolucionaria. Fue al descubrir este primer hecho cuando tomé la decisión de leer el libro. Un hombre que piensa en Marat con el propósito de discutir acerca de Micawber debe haber pensado por sí mismo muy

decentemente. El Sr. Pugh se dispone a explicar que Dickens fue, primero, lo que se llama un demócrata, y en segundo lugar fue (o podría haber sido) lo que se llama un socialista. Me imagino que un escritor tan inteligente no necesita que se le diga que ambas cosas no tienen nada que ver la una con la otra. La democracia es la remisión de los problemas públicos a las personas. El socialismo es la propiedad, por parte del Gobierno, de todo el capital nacional: como dijo el Sr. Balfour con admirable limpidez, «esto es socialismo y ninguna otra cosa es socialismo». Es obvio que puede haber una democracia que siempre se ponga en contra del socialismo. Existen tales democracias. Es obvio que podría haber una similar oligarquía corrupta que fuera dueña de todo el capital nacional. Pronto habrá tales oligarquías. Un demócrata se enfrenta a muchas dificultades necesariamente; pero no tiene por qué aceptar las dificultades del estado colectivista. El socialista lleva cargas pesadas, pero no hay ninguna razón por la que deba asumir el enorme peso de ser un demócrata. Me imagino que el estado socialista funcionaría más rápida y suavemente si estuviera gestionado por una clase muy pequeña; y estoy seguro de que todos los intelectuales socialistas que he conocido están de acuerdo conmigo en su interior. Esto explica el fuerte alineamiento de la aristocracia inglesa con el socialismo.

Pero no estamos hablando tanto de socialismo como de Dickens; una cosa mucho más duradera. Ahora bien, cuando el Sr. Pugh dice que Dickens era el apóstol de la gente, yo estoy de acuerdo con él. Cuando dice que Dickens vertía su merecido desprecio sobre las pretensiones de los «caballeros», yo estoy de acuerdo con él. Cuando dice que los pobres son mucho más ceremoniosos y corteses que los ricos, yo estoy de acuerdo con él, brincando con amor y asombro, estupefacto de que en estos días alguien haya dado con este hecho tan obvio. Pero cuando dice que todo esto demuestra que Dickens había sido socialista, o incluso un socialista potencial, me veo obligado a llamar su atención sobre uno de los hechos más firmes y sorprendentes de Dickens. Es verdad que Dickens desafió a todo déspota y denunció todos los abusos. Pero, como suele suceder, algunos de los déspotas a los que desafió

más frenéticamente eran déspotas oficiales, déspotas estatales y municipales. Como suele pasar, algunos de los abusos contra los que arremetió más vehementemente eran abusos que procedían de un gobierno central con demasiado poder. No comparto la fe del Sr. Gradgrind en las ventajas abstractas de la empresa privada. Pero el Sr. Bumble no era un producto de la empresa privada. El Sr. Bumble era producto del socialismo, de esa cuota de socialismo que el Estado permite. El Sr. Tite Barnacle no era un representante de la desafortunada competencia comercial. El Sr. Tite Barnacle era un representante del socialismo, del estricto funcionario inevitable en cualquier burocracia. Creo que hay personas que dicen querer el socialismo sin querer la burocracia. A estas personas las dejo como caso desesperado. No puedo ni imaginar cómo una persona con capacidad para el cálculo pueda creer que podamos aumentar el número de oficinas gubernamentales sin aumentar el número de funcionarios del gobierno y sin que acabe dominando la mentalidad oficial. Hay quien espera una espléndida transformación del alma humana en general. Ese es un buen argumento para aceptar el socialismo y cuando uno se para a pensar sobre esto, una razón aún mejor para prescindir de él.

Pero, en cualquier caso, el dato cierto de la obra de Dickens permanece. Dickens, como indica generalmente el señor Pugh, salió verdaderamente a la palestra para desafiar a todo tipo de tirano. Y de los tiranos a los que atacó, buena parte eran tiranos individualistas, aupados por el dinero y la anarquía, y otra buena parte eran tiranos socialistas, aupados por la sagacidad central del Estado. Ahora bien, el socialista muestra cómo un hombre no se volverá públicamente rico, como Gradgrind. Pero no muestra cómo un hombre no se vuelve privadamente rico, como Tite Barnacle. Se asegura de que un tonto como Bounderby no será un influyente comerciante. ¿Pero cómo y dónde muestra que un tonto como Bumble no será un alguacil?

Pero la teoría de Pugh sobre Dickens como socialista, que podría o no haberlo sido, no es en absoluto tan extraordinaria como la teoría de Pugh acerca de Dickens como demócrata, que ciertamente lo era.

Pues después de leer todos los vigorosos elogios del Sr. Pugh sobre la democracia de Dickens, la duda que aún persiste en mi cabeza es otra. Estoy plenamente convencido de que Dickens era un demócrata, mi única duda es si el Sr. Pugh lo es. Si la democracia descansa sobre cierta camaradería y comunidad de instintos con la masa de la gente, el Sr. Pugh es más antidemocrático que otra cosa. Por ejemplo (es horrible incluso tener que escribir las palabras), a él realmente no le gusta «Pickwick». Se queja de su «frívolo y ligero desprecio de los asuntos vitales», y de «la insolente objetividad de su tratamiento». Ahora bien, ya parece bastante extraño a primera vista que alguien a quien no le gusta «Pickwick» deba molestarse en que le guste Dickens. Hay cientos de novelas refinadas, simpáticas y bien equilibradas en el mundo, pero solo hay un «Pickwick». Parece aún más extraño que una persona que encuentre el oportuno y el brandy de «Pickwick» demasiado toscos para su estómago, al mismo tiempo, se presente a sí mismo, así como a su héroe, como representante de las masas.

La verdad es que la insolente objetividad de la nariz del Sr. Stiggins y del chaleco de Tony Weller es una de las características generales y sanas de la humanidad, que si fuera poseída por el Sr. Pugh, podría realmente vincularlo con la gente. Tal como es el Sr. Pugh, hombre imaginativo y compasivo, puede simpatizar con los dolores de los pobres. Pero eso podría hacerlo Walter Pater. El Sr. Arthur Symonds podría hacerlo. Cualquier esteta, aunque aislado, cualquier aristócrata, por muy fastidioso que sea, si tiene alguna poesía en él, siente que hay algo horrible en la muerte de un carbonero y algo lamentable en las lágrimas de una doncella. No hay duda de que todos somos hermanos en el dolor; pero nunca volveremos a ser hermanos en la vida mientras no volvamos a ser hermanos en la diversión y la farsa. La igualdad humana no solo será creada por taxistas que lleguen a apreciar a Rossetti, sino que la igualdad humana se producirá cuando el Sr. Pugh (después de largas vigiliias e iniciaciones místicas) sea capaz de apreciar lo que él llama en alguna parte las bestiales monstruosidades de la caricatura del inglés antiguo.

En cuanto a la cuestión del socialismo, seguramente es muy simple; y es precisamente porque los modernistas molestos, como

el Sr. Pugh, no se harán lo suficientemente simples como para que no puedan entenderlo. Lo que a Dickens no le gustaba no era el individualismo, ni el comercialismo, ni las leyes hereditarias, ni la libre competencia: era la tiranía. No se limitaba a defender la Cámara de los Comunes contra los Lores, ni al Estado contra los capitalistas, ni a las clases obreras contra los *trust*, o incluso a los pobres contra los ricos: defendía a los impotentes contra los poderosos. El hombre en el poder podía ser un comerciante individualista o un funcionario socialista: Dickens tenía que recordarle que era un hombre y que, por lo tanto, podía ser un malvado.

9 de enero, 1909

*Libros equivocados para esta Navidad*

Tengo pocas dudas de que, de una u otra manera, un credo inspirador y convincente regresará a nuestro país, porque la religión es una necesidad, como las hogueras en invierno: allí donde no hay una visión, la gente se muere, y se muere de frío. La nación que no tiene dioses no solo muere, sino lo que es peor, se muere de aburrimiento. Pero si en alguna ocasión una fe vuelve a afirmarse de nuevo, será interesante hacer notar las cosas que han logrado cubrir el vacío, que han permanecido de pie cuando la fe se perdió, y continuaban estándolo cuando la fe se recuperó. De todas estas cosas verdaderamente interesantes, probablemente, una será la celebración inglesa de la Navidad. Papá Noel ya estaba entre nosotros cuando las hadas se marcharon, y quiera Dios que siga cuando regresen los dioses.

Claro que, al igual que otras cosas vivas, ha quedado cubierta con una especie de musgo de convencionalidad y de uso absurdo de las palabras. Daré un ejemplo de algo que acabo de ver. En la página de publicidad de libros de un semanario al que tengo gran devoción he visto escrito, en letras grandes: «Libros para regalar estas Navidades». Al ojear el catálogo comprendido en el anuncio, el primer título con el que me topo es *Ética sexual*, del profesor A. Forel, con



Artículos 1909

nº 4

## LA AMENAZA DE LOS PELUQUEROS

G.K. Chesterton, autor de novelas como *El hombre que fue jueves* y creador del famoso detective Padre Brown, fue ante todo un periodista que escribió miles de artículos para distintos medios.

Su colaboración más longeva —de 1905 hasta su muerte en 1936— fue en el semanario gráfico *The Illustrated London News*. En sus artículos, que eran verdaderos ensayos, habló de sus contemporáneos con una visión que hoy sigue resultando fresca y reveladora. Ya escribiera de educación, prisiones, elecciones, moda, turismo, teatro, ritos sociales o historia, hizo siempre gala de un tono combativo, pero alegre y burlón. Apostó por el hombre común frente al experto; por la tradición y la costumbre arraigada frente a la moda caprichosa y pasajera; por la alegría de un mundo material que se nos dona y tiene un significado positivo frente al pesimismo filosófico que todo niega o duda.

En colaboración con el Club Chesterton de la Universidad San Pablo CEU (Fundación Cultural Ángel Herrera Oria) presentamos este cuarto volumen de la serie donde destacan artículos de los más variados temas, desde la literatura de Shakespeare, Bacon y la poesía de Swinburne, pasando por la filantropía, la jerga moderna o el curioso caso de una dama cuya mascota es un cerdo, hasta la increíble rebelión de los peluqueros británicos que se dio en 1909, año de publicación de estos artículos, todo esto siempre con la vigencia, el humor, el ingenio y el sentido común al que el gran autor inglés nos tiene maravillosamente acostumbrados.



ISBN: 978-84-1339-092-5



9 788413 390925

G.K. Chesterton?